


EL ORDEN SOCIAL EN EL PENSAMIENTO DE COMTE

The social order in Comte's thought

Miguel Agustin **TORRES**

Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina [CONICET]
Profesor Adjunto de la Universidad Nacional de Catamarca, Argentina.
agutorresk@gmail.com

 <https://orcid.org/0000-0003-3410-1961>

Mais informações da obra no final do artigo ●

RESUMEN

Si bien aún se discute sobre las verdaderas dimensiones que reviste la contribución teórica de Comte en el proceso de construcción de la sociología como disciplina científica, no puede negarse que su obra constituye un impulso inicial para el desarrollo del pensamiento sociológico. Mediante el recorrido por algunos aspectos centrales de la producción teórica de Comte, el presente trabajo se propone caracterizar la relevancia que presentaba, en el positivismo del intelectual francés, la configuración del orden social. Se considera en este aporte que el establecimiento del orden social presentaba un sentido dual en el esquema de Comte, ya que constituía una meta a alcanzar a través de la implementación del positivismo, pero, a la vez, desempeñaba un rol instrumental como elemento conducente al progreso y a la consolidación efectiva del diseño positivista. Sin embargo, debido a la impronta del determinismo, el orden social positivista es descrito en la visión de Comte como un destino histórico ineludible, sin recoger una adecuada explicación sobre su funcionamiento.

PALABRAS CLAVES: Orden Social. Comte. Positivismo.

RESUMO

Embora as verdadeiras dimensões da contribuição teórica de Comte no processo de construção da sociologia como disciplina científica ainda estejam sendo discutidas, não se pode negar que seu trabalho constitui um impulso inicial para o desenvolvimento do pensamento sociológico. Por meio de uma descrição de alguns aspectos centrais da produção teórica de Comte, este artigo tem como objetivo caracterizar a relevância da configuração da ordem social no positivismo do intelectual francês. Considera-se nessa contribuição que o estabelecimento da ordem social apresentou um duplo sentido no esquema de Comte, pois constituía uma meta a ser alcançada através da implementação do positivismo, mas, ao mesmo tempo, desempenhava um papel instrumental como elemento propício ao progresso e à consolidação efetiva do design positivista. No entanto, devido à influência do determinismo, a ordem social positivista é descrita na visão de Comte como um destino histórico inevitável, sem recorrer a uma explicação adequada de sua operação.

PALAVRAS-CHAVE: Ordem Social. Comte. Positivismo.

ABSTRACT

Although the real dimensions of Comte's theoretical contribution in the construction of sociology as a scientific discipline remain a controversial subject, it can't be denied that his work constitutes an initial impetus for the development of sociological thinking. Through the revision of some central aspects of the theoretical production of Comte, the present article aims to characterize the relevance that had the configuration of the social order in the positivism of the french intellectual. It is argued in this contribution that the design of social order had a double meaning in Comte's scheme, since it was an objective to be reached through the implementation of positivism, but at the same time it played an instrumental role as the central axis of progress and the effective consolidation of positivist design. However, through the influence of determinism, the positivist social order is described in Comte's vision as an inescapable historical destiny, without receiving an adequate explanation about its functioning.

KEYWORDS: Social Order. Comte. Positivism.

1 COMENTARIOS INICIALES

La producción teórica de Auguste Comte, que constituye a la vez una pieza inicial del positivismo y un impulso fundador de la sociología (GILBERT CEBALLOS, 1997; HIDALGO TUÑÓN, 2005; GANE, 2006; FERNÁNDEZ, 2008; BOURDEAU, 2008; CHAZEL, 2015; BIALAKOWSKY Y ÁLVAREZ RUIZ, 2015), integra la categoría de “obra clásica” dentro de la biblioteca específica de las ciencias sociales. En efecto, su legado encuadra en la descripción que el canon del pensamiento social acepta como clásico.

Así, siguiendo a Jeffrey Alexander (1995, p. 23) puede interpretarse que los clásicos son productos de la investigación posicionados en un rango privilegiado frente a estudios contemporáneos dentro de la misma área. Disfrutar de un rango privilegiado implica que los especialistas actuales de la disciplina consideran que, a partir de tales obras, se puede obtener un conocimiento sobre su campo de estudio, similar al que puede accederse mediante la consulta de la obra de sus pares contemporáneos.

Es decir, que la utilidad y el hallazgo comprendido en el texto clásico han atravesado los avatares del tiempo y los contextos y, en cierta medida, algunos aspectos del mismo conservan su relevancia más allá de los avances científicos propios del ámbito disciplinario en el cual se sitúen. Es en este sentido, precisamente, que puede afirmarse que la elaboración de Comte forma parte de la literatura clásica en las ciencias sociales y, principalmente, en la sociología.

Una vez efectuada esta sucinta alusión sobre la trascendencia de la elucubración de Comte, conviene resaltar que la misma supone una audaz propuesta intelectual para su tiempo, que puede calificarse como un intento por elaborar una teoría general para el estudio de los fenómenos sociales. Si bien la complejidad y el alcance extenso de su esquema sistémico involucraron una diversidad de tópicos, las líneas que prosiguen se concentran solamente en el análisis de un aspecto puntual dentro de su planteo.

Justamente, este trabajo tiene por objetivo caracterizar la consideración que recibió, en el positivismo propuesto por Auguste Comte, la configuración del orden social. Se interpreta, en este aporte, que el establecimiento del orden social presentaba un sentido dual en el esquema de Comte, ya que constituía una meta a alcanzar a través de la implementación del positivismo, pero, a la vez, desempeñaba un rol instrumental como elemento conducente al progreso y a la consolidación efectiva del diseño positivista. Sin embargo, debido a la impronta del determinismo, el orden social positivista es descrito en

la visión de Comte, como un destino histórico ineludible, sin recoger una adecuada explicación sobre su funcionamiento.

El desarrollo del artículo se estructura de la siguiente manera. Como punto de partida se efectúa una incursión general por la posición asumida por Comte frente a algunos de los componentes fácticos, corrientes de pensamiento y tendencias ideológicas que contribuían a describir el contexto que acompañó la elaboración de los contenidos principales de su obra. Luego, se recorren algunos aspectos medulares de su teoría, para focalizar, a partir de ello, el examen en la significación que el orden social adquiriría en su diseño teórico.

2 LA MIRADA DEPOSITADA EN EL CONTEXTO

Cuatro elementos del contexto de su tiempo merecieron la atención de Comte. Algunos aspectos de estos componentes merecieron tan sólo su opinión crítica, mientras que otros sirvieron como material para la elaboración de su oferta teórica.

2.1 La resistencia a la Ilustración

Renegaba de las ideas de la Ilustración en sí mismas y de los efectos que, en un plano histórico habían causado; pues, en su juicio, la Revolución Francesa no era sino, en parte, producto concreto de la germinación de aquellas. La visión emanada de la Ilustración contenía, en su parecer, una funcionalidad perniciosa para la evolución de la sociedad. Por ello la elucubración de su perspectiva científica, denominada “positivismo o filosofía positiva” puede interpretarse como una expresión de su resistencia “contra lo que consideraba la filosofía destructiva y negativa de la Ilustración” (RITZER, 1997, p. 15).

Comte adscribía a la línea de católicos contrarrevolucionarios franceses, revelando una influencia de Bonald y de De Maistre. Distingue, no obstante Ritzer, dos cuestiones por las cuales la contribución de Comte debe ser examinada con independencia del legado de aquellos. Menciona el destacado sociólogo americano que Comte no comulgaba con el “regreso al Medioevo”, ya que los progresos de la ciencia y los adelantos industriales hacían imposible ese retorno. Pero además porque logró edificar un sistema teórico de mayor

sofisticación que sus antecesores, el cual solventó sustancialmente los cimientos de la joven sociología (RITZER, 1997).

Justamente, coincidiendo con ello, entiende Forte (2008, p. 11) que, si bien una remisión al pensamiento de Comte impiden caracterizarlo como un conservador en extremo, es posible detectar una simpatía epistemológica a favor de De Maistre. Así sostenía Comte (1977 [1822], p. 205-206) que:

El espíritu humano tiende de modo constante a la unidad de método y doctrina. Es éste para él el estado regular y permanente: otro cualquiera no puede ser sino transitorio. Es imposible que empleemos habitualmente un método en la mayor parte de nuestras combinaciones y que no acabemos por renunciar a él en absoluto o por extenderlo a todas las demás¹.

2.2 El entusiasmo con la sociedad industrial

La sociedad industrial fue otro de los componentes históricos que acompañó el desarrollo del pensamiento de Comte. Este tipo societario despertaba profundamente su interés al punto de considerarlo como el escenario afín para el despliegue de su perspectiva “positivista”. La etapa industrial contrastaba con respecto a la organización social a la cual venía a reemplazar, que estigmatizaba una instancia de marcado rezago intelectual. Comte calificaba a este último ciclo del desenvolvimiento social en la historia como sociedad “teológico-militar” a raíz de la influencia que había recogido tanto de la Iglesia Católica como de la actividad bélica. Precisamente, la importancia de la guerra se reflejó en el papel crucial que revistió el sector militar en la composición social (IGLESIAS, ARAMBERRI y RODRÍGUEZ ZÚÑIGA, 2001).

En contraposición, la sociedad industrial, representaba la modernidad y se hallaba definida por el predominio de un criterio científico que reemplazó a la teología como eje

¹ Añadía Comte (1977 [1822], p. 206) que: “Un filósofo del siglo XIX, que ha profundizado más que nadie la naturaleza del antiguo género humano, el señor De Maistre, ha comprendido la necesidad de esta alternativa de una manera muy convincente. Ha visto muy bien que el desarrollo de las ciencias naturales tendía a destruir radicalmente el imperio de la teología y de la metafísica; ha entendido que, para ser de verdad consecuente en sus lamentaciones sobre la decadencia del antiguo sistema intelectual y social, debía remontarse con audacia hasta aquellos tiempos en que había unidad en el espíritu humano, por una subordinación uniforme de todas nuestras concepciones a la filosofía natural (...). Sin duda, puesto que todas las ciencias positivas no se han podido formar simultáneamente, hubieron de existir períodos más o menos largos durante los cuales el espíritu humano empleaba a la vez tres métodos, cada uno para un orden determinado”.

rector de la realidad. El criterio científico impregnaba toda reflexión en el marco de la sociedad industrial. En consecuencia, la visión científica y el perfil industrial permitían que la fundamentación de la actividad humana se encontrara en condiciones de prescindir de la respuesta teológica o de la conveniencia de la guerra. Sin embargo, la alternativa que significaba la sociedad industrial no logró canalizarse a través de una expresión acabada. Es, justamente, a partir de la manifestación inconclusa de la versión industrial y científica que Comte procura comprender la crisis que caracterizaba al momento histórico en cuyo contexto lanza al mundo su doctrina positiva (IGLESIAS *et al.*, 2001).

2.3 Las objeciones al liberalismo económico

Cuestionaba del liberalismo económico la consideración aislada en que incurría de la dimensión económica, como parcela del comportamiento humano ajena a la realidad social. Tal enfoque, en su parecer, condicionaba la posibilidad de advertir la conveniencia de implementar reformas sociales. Tal lectura circunscripta solo a una faceta del desenvolvimiento de la sociedad no posibilitaba percibir que las medidas dirigidas a la transformación “solo podrían ser eficaces cuando se contemplase a la sociedad como un todo, mientras que, al aislar el todo de la parte, los economistas no podían ir más allá de recetas (falsas) inspiradas en la sobrevaloración de los mecanismos de la competencia económica” (IGLESIAS *et al.*, 2001, p. 339).

2.4 Las críticas al socialismo

Tampoco la propuesta socialista seducía a Comte. No ignoraba la concurrencia fáctica de algunos elementos sobre los cuales trabajaba el socialismo como podían ser la opresión y la explotación, pero lejos de acudir a la antinomia clasista los interpretaba como una derivación de la desorganización social del momento. En su concepción, el rumbo de la sociedad no podía explicarse a partir del mensaje marxista que reducía la suerte de los pueblos a la lucha de clases, cual constante que atravesaba el umbral de la historia.

A su vez, no era reacio a una estructuración desigual dentro de la sociedad, ya que asumía como un componente necesario la jerarquización de algunos sectores, entendiendo



que tal situación privilegiada podía originarse en razones materiales como morales, que podían no coincidir, asignándole una mayor relevancia a la jerarquización moral. De esta manera, en la perspectiva de Comte, las desigualdades constituían un rasgo inherente a la estructura social (TARDEL, 1990), cualquiera fuese las modalidades que ésta última pudiera exhibir. Además, se resistía a la idea de tensión irresuelta, expresada en la ecuación entre el proletariado y la burguesía. Acota Ritzer, al respecto, que Comte también le otorgaba “importancia al papel del consenso en la sociedad: para él carecía de atractivo la idea de que la sociedad se caracterizaba por el conflicto inevitable entre los trabajadores y los capitalistas” (RITZER, 1997, p. 17).

3. COMTE Y SU FÍSICA SOCIAL

A través de una formulación sistémica y de carácter general, Comte desarrolló su “física social”, que en el año 1824 habría de denominar “Sociología” (LAMO DE ESPINOSA, 2001). Se inspiró, para ello, en el propósito de ofrecer una alternativa con respecto al señorío de lo que él calificaba como “filosofías negativas”, que, a la vez, pudiera resultar útil para desterrar la situación de anarquía que campeaba en la sociedad francesa de principios del siglo XIX. Como puede apreciarse, el empleo del vocablo “física” para designar a su planteo teórico en el plano social no era arbitrario como tampoco gratuito. Por el contrario, revelaba la influencia recibida de las ciencias duras (PETIT, 2007) y también anunciaba su aspiración a constituir una disciplina social, a través de un diseño que asumiera como referencia precisamente a aquellas (NUÑEZ RUIZ, 1979; RITZER, 1997).

Comte caracterizaba al saber que pretendía fundar, difundir e imponer como el estudio positivo de las leyes fundamentales de los fenómenos sociales (LÓPEZ DE FERRARI, 1973). Esta concepción de la cuestión social como un desarrollo regido por leyes generales, reflejaba su interpretación normativa de la realidad y su adscripción al determinismo. Ciertamente, el curso evolutivo tanto del cuerpo social en su calidad de entidad global, como de los individuos que lo componen, se hallaban sometido a un ritmo ya definido. Así como las diversas facetas de la evolución de la naturaleza, que caen bajo el amparo del conocimiento de otras ciencias; los procesos sociales y la sociología, como disciplina exclusivamente centrada en el análisis de los mismos, también se encontraban sometidos a un rígido determinismo histórico. Esta lectura determinista se traducía, en el



caso de las disciplinas científicas, en la intensificación de los enfoques específicos, generando, mediante un recorrido evolutivo que transitaba desde el punto inicial de la mayor generalidad y menor complejidad hasta el horizonte de la menor generalidad y mayor complejidad, el surgimiento y consolidación de disciplinas de estudio circunscriptas a un privativo objeto de conocimiento (IGLESIAS *et al.*, 2001).

Por su parte, desde la perspectiva del examen de los acontecimientos sociales, este determinismo permitía apreciar, en el parecer de Comte, que el curso de la sociedad se encontraba orientado históricamente hacia una tendencia de organización conforme el imperio de un criterio positivo. Justamente, la esencial convicción en el rumbo determinista explica en parte la posición de Comte frente a las experiencias revolucionarias. Las transformaciones, en su óptica, no debían establecerse a través de revoluciones, puesto que los cambios, en definitiva, habrían de imponerse y cristalizarse a través de un proceso encauzado en una dirección determinada históricamente. Las reformas implementadas en observancia del criterio positivo podían anticipar y contribuir, en alguna medida, a la conformación del escenario social al cual habría de arribarse como respuesta procedente de la evolución histórica de la sociedad (IGLESIAS *et al.*, 2001).

La sociología comprendía, según Comte, dos áreas referentes al análisis de lo social. De esta manera, el estudio positivo de las leyes generales que pautan el funcionamiento de los fenómenos sociales registraba dos direcciones precisas: “estática” y “dinámica” (SCHMAUS *et al.*, 2018). El examen del carácter estático implicaba un conocimiento positivo, experimental y racional de las acciones y reacciones recíprocas procedentes de los diversos segmentos que integraban el cuerpo social (IGLESIAS *et al.*, 2001). Apuntaba a caracterizar los componentes que, necesariamente, debían concurrir en una sociedad para que pudiera existir en cuanto tal, al margen de la diversidad que era posible observar en la evolución de las diferentes sociedades a través del tiempo.

Es decir, la “estática” concernía a lo que hoy puede entenderse como “estructura social” (RITZER, 1997). Tal caracterización serviría para identificar los principios comunes a todas las sociedades. En consecuencia, la “estática” entrañaba una inspección pormenorizada, destinada a distinguir los elementos sociales a partir de los cuales una pluralidad de individuos y de familias pudiera constituir una sociedad; es decir lo que Comte califica de “consenso” (IGLESIAS *et al.*, 2001). En suma, la “estática” abordaba la anatomía y el consenso de la sociedad.

Como describe Aron (2004), la estática puede resumirse, esencialmente, en el consenso social; o sea en aquellos componentes sociales que tornan factible que los

individuos o las familias deriven en colectividades y que la pluralidad de las instituciones conformen una unidad. Explica, además, Aron (2004) el alcance de la estática recurriendo a la análoga organicista. Entiende, así, que del mismo modo en que un órgano no puede ser estudiado sin considerar íntegramente el organismo del cual forma parte, en sentido semejante no es posible abordar el conocimiento del Estado y la política con prescindencia de su ensamble funcional en el cuerpo social en un momento determinado. De esta manera, la estática, según su parecer, comprende tanto el examen de la anatomía propia de la estructura social en una instancia precisa como el análisis de los elementos que posibilitan el consenso social (ARON, 2004).

La estática supone el estudio no sólo de la estructura social en su integridad, sino también de sus elementos y de las relaciones que se suscitan entre ellos. Si bien, en un principio, Comte se detuvo en la consideración del individuo como elemento de la estructura social, no le asignó un significado relevante en la conformación de la misma. Por tal razón terminó descartándolo y reservando su análisis para la biología, pues, en su criterio, la estructura social no podía remitirse a las propiedades de los individuos. Su atención giró, entonces, hacia la familia (TARDEL, 1990; TURNER, BEEGHLEY Y POWERS, 2012) a la cual calificó como la unidad social básica que explica la unidad del orden social en su conjunto. La familia importaba el punto de inicio de la estructura social que revestía, en el entendimiento de Comte, un desenvolvimiento escalonado. De esta manera, la estructura social se componía de subestructuras sociales derivadas, a su vez, de componentes estructurales de menor complejidad (TURNER *et al.*, 2012).

La estructura social constituye una unidad generada a partir de la convergencia de elementos cuya inserción implica un desenvolvimiento, en alguna medida, coordinado. Tal enfoque lo conduce a reflexionar sobre la conservación de la estructura compuesta por componentes que registran entre sí diferencias funcionales (TURNER *et al.*, 2012). Ello supone indagar en aquellas condiciones que debe observar la estructura para contener el impacto potencialmente desintegrador de la diferenciación social. Para atemperar el riesgo de la desintegración procedente de la diferenciación funcional de las unidades, según la visión de Comte, la organización social debe disponer de una autoridad centralizada que coordine los intercambios entre los diferentes sectores; debe posibilitar la dependencia mutua entre cada componente del sistema y debe propiciar la conformación de un espíritu o moralidad común entre los miembros de la población (TURNER *et al.*, 2012). Las dificultades que enfrenta la estructura social para cubrir estos recaudos acrecienta la eventualidad de la configuración de Estados “patológicos” (TURNER *et al.*, 2012).



La dinámica social importaba la indagación en los períodos que habían atravesado y habrían de hacerlo en el tiempo las diversas sociedades hasta arribar a la instancia configurada de conformidad con la filosofía positiva. Empero, tal tarea no debía ser confundida con el oficio propio de la historia como disciplina. Pues la incursión intelectual por la dinámica no se reducía al conocimiento de las etapas de la historia, sino que se proponía distinguir la ley que podía uniformar la sucesión de variantes a través del decurso temporal.

Es decir, la “dinámica” complementaba el aspecto “estático” y entre ambas facetas demarcaban el terreno de acción de la física social pergeñada por Comte, ya que mientras la segunda describía la estructura societaria, aquella dimensión identificaba las modificaciones que la sociedad podía experimentar con el tránsito de los años. Como puede advertirse la “dinámica” constituye lo que en la actualidad puede concebirse como “cambio social”. Comenta Ritzer (1997, p. 15), que aunque ambos capítulos de la complejidad social, “implicaban la búsqueda de las leyes de la vida social, Comte percibía que la dinámica social era más importante que la estática social”. Argumenta, en esta línea, Aron (2004, p. 98) que:

En sus inicios, la dinámica no es más que la descripción de las etapas sucesivas recorridas por las sociedades humanas. Pero si partimos del conjunto sabemos que el devenir de las sociedades humanas y del espíritu humano está regido por leyes. Puesto que el conjunto del pasado constituye una unidad, la dinámica social no se asemeja a la historia que forjan los historiadores recopilando hechos u observando la sucesión de las instituciones. La dinámica social recorre las etapas, sucesivas y necesarias, del devenir del espíritu humano y de las sociedades humanas.

Su positivismo, su afiliación al determinismo histórico y su penetración en la cuestión social enlazaba con su teoría referente a la “Ley de los Tres Estadios”, también conocida como “Teoría de la Evolución”. Tal construcción implicaba, al decir de Fedi (2000), una descripción de los mecanismos de explicación a los cuales la inteligencia humana, en su esfuerzo progresivo y continuo, había acudido para comprender tanto los ‘fenómenos’ como los ‘hechos’. Indudablemente con esta teorización, que representaba la expresión más ambiciosa y arriesgada de su producción intelectual, Comte segmentaba el desenvolvimiento de la historia mundial en tres fases (BENOIT, 2002). Ello equivalía a sostener que la evolución misma del hombre en sociedad, íntegramente considerada, podía ser esquematizada a través de cada uno de estas tres instancias.

Comte se hallaba convencido del valioso sentido práctico que presentaba su teoría, pues, como enseña Gordon, la “Ley de los Tres Períodos” no fue concebida por Comte como “un instrumento heurístico construido por el investigador para que le ayudara a estudiar la historia, sino que consideró que constituía la naturaleza esencial de la evolución histórica” (GORDON, 1995, p. 316). Cualquier proceso evolutivo que tuviera al hombre como actor, ya sea que se tratara de grupos, sociedades, disciplinas científicas e incluso la mente de las personas, podía ser explorado e interpretado mediante esta taxonomía compuesta por tres eslabones temporalmente sucesivos (RITZER, 1997). Por lo tanto, con sujeción al elevado significado que Comte le atribuyó a este episodio dentro su diseño teórico, puede decirse que este intelectual de Montpellier “no había inventado la ley de las tres etapas de la misma forma que Newton no había inventado la ley de la gravedad. La ley llevaba operando desde que se había iniciado la vida del hombre en la tierra. Comte no era su inventor sino su descubridor” (GORDON, 1995, p. 316).

Como se anticipó, la “Teoría de la Evolución” distinguía tres etapas sucesivas: i) la teológica, ii) la metafísica; iii) la positiva. El primer período, denominado por Comte como teológico, corresponde al mundo anterior al siglo XIV, se caracteriza por el predominio de lo sobrenatural (PEARCE, 2015). En ese escenario, el esquema de pensamiento prevaleciente arraigaba el origen y la explicación de todas las expresiones de la existencia misma en fuerzas divinas, religiosas o místicas, en una dinámica de actuación similar a las cualidades humanas. Fundamentalmente “se pensaba que era Dios quien había creado el mundo social y físico” (RITZER, 1997, p. 17).

El segundo estadio, el metafísico, se ubicaba entre los Siglos XIV y el fin de la centuria XVIII² y comienzo de la XIX, y entrañaba el reemplazo de la figura religiosa por las entidades abstractas como matriz de la existencia (PEARCE, 2015). Se trataba del reinado de las “esencias aristotélicas”. En tal instancia, “los fenómenos de la naturaleza no se atribuyen a fuerzas semejantes al hombre sino a propiedades abstractas que son parte de la naturaleza intrínseca de los objetos físicos” (GORDON, 1995, p. 317).

El tercer ciclo implicaba el inicio de la etapa positiva, definida por el dominio de la ciencia. Tal consagración se expresaba por la prescindencia de razones absolutas (la divinidad o la naturaleza) como medios de explicación de la realidad, que resultaban reemplazadas por el acceso al conocimiento sobre el mundo físico y social a través de la

² Para Gordon el segundo estadio culmina con la Revolución Francesa (Gordon, 1995: 317).

observación y por la determinación de las leyes que lo regulan³. De esta manera, con la inauguración de la instancia positivista los fenómenos y los hechos debían y podían explicarse a partir de proposiciones fundadas empíricamente; es decir, que podía identificarse una conexión general observable, ya sea de carácter temporal o por vía de la semejanza, entre los variados hechos y los diferentes fenómenos (GUILLIN, 2016). Al respecto, argumentaba Comte (1875, p. 72-73):

En el estado positivo, el espíritu humano, reconociendo la imposibilidad de obtener nociones absolutas, renuncia a investigar el origen y el destino del universo, y a conocer las causas íntimas de los fenómenos, para consagrarse únicamente a descubrir, por el uso bien combinado del razonamiento y de la observación, las leyes efectivas, es decir, sus relaciones invariables de sucesión y de semejanza. La explicación de los hechos, reducida entonces a sus términos reales, no es en adelante más que el enlace establecido entre los diversos fenómenos particulares y algunos hechos generales, cuyo número 1 os progresos de la ciencia tienden a disminuir más y más.

4. EL ORDEN SOCIAL EN LA CONSTRUCCIÓN TEÓRICA DE COMTE

4.1 La necesidad del orden

Su propuesta teórica en este punto, al igual que el resto de su producción, partía del ambicioso propósito de superar el mero cerco de la especulación intelectual. Pues Comte procuraba posicionarla como un verdadero modelo de conformación social. Por lo tanto, la aspiración por ofrecer una proposición con eficacia práctica se encontraba presente en su obra que adquiriría así un sesgo “programático”. Señalaba Comte en las primeras líneas que introducían a la segunda parte del “Discurso sobre el espíritu positivo”, titulada “Superioridad social del espíritu positivo”, que:

³ Entiende Hernández (2000) que las áreas temáticas comprendidas en la distinción de etapas efectuada por Comte acompañaron, en alguna medida, la construcción de los esquemas mentales que, históricamente, nutrieron el pensamiento sobre el universo social. Expresaba, así, que “a lo largo de la historia, tres fueron las fuentes inspiradoras de estos grandes y envolventes esquemas mentales: las religiones, las filosofías o las ciencias. Es un orden de tres estadios, o edades históricas, o tiempos mentales: de dominio teológico, de dominio metafísico y de dominio científico. De ello hablaba Auguste Comte” (HERNÁNDEZ, 2000, p. 10).

Para que esta sistematización final de las concepciones humanas esté hoy lo bastante caracterizada, no basta apreciar, (...) su destino teórico; es menester también considerar (...) su necesaria aptitud para constituir la única salida intelectual que pueda tener realmente la inmensa crisis social desarrollada, desde hace medio siglo, en todo el Occidente europeo y sobre todo en Francia (COMTE, 1988 [1844], p. 35).

Para desplegar su postura al respecto, Comte efectuó un diagnóstico inicial de la realidad social de su tiempo adoptando como escenario de referencia a Europa y, principalmente, a la sociedad francesa. Describía así la presencia de una “Gran Crisis Final”, a cuya instalación contribuyeron tanto la “perspectiva teológica” como la “lectura metafísica”. Las corrientes de pensamiento ancladas en aquellas miradas no servían para brindar soluciones efectivas a las necesidades humanas de aquel entonces.

La “Gran Crisis Final” es concebida por Comte como la resultante de la decadencia, que, habiéndose originado de modo espontáneo, devino luego en un proceso sistemático, en cuya factura colaboraron “todas las clases, sin distinción, de la sociedad moderna” (COMTE, 1988 [1844], p. 36). A la vez que desnudó la imposible faena que suponía la conservación del antiguo régimen, la crisis también resaltó la creciente necesidad de un orden nuevo. Pues en su interpretación la crisis no se tradujo en un impulso reorganizador que favoreciera la restauración del orden social, ya que si bien en un principio asomaba “como destinada sobre todo a realizar directamente la regeneración social” (COMTE, 1988 [1844], p. 36), ese efecto transformador se tornó “esencialmente imposible, por falta de una filosofía verdaderamente propia para procurarle una indispensable base intelectual” (COMTE, 1988 [1844], p. 36).

Aquel panorama marcado por la ausencia de una filosofía que pudiera guiar las acciones hacia la conformación de un orden social, ocasionaba en Comte una mirada mustia, dominada por el convencimiento de “que nada verdaderamente grande puede emprenderse, ni para el orden, ni para el progreso, por falta de una filosofía realmente adaptada al conjunto de nuestras necesidades” (COMTE, 1988 [1844], p. 36). Pero, además, tal situación suministraba el conjunto de hechos que permitía a Comte fundar su interpretación sobre la disfuncionalidad de las perspectivas teológicas y metafísicas para impulsar la configuración de un orden. En su juicio, la modalidad de orden social, que los argumentos de la tendencia teológica y la corriente metafísica podían propiciar correspondía al viejo régimen (USECHE SANDOVAL, 2015). Destacaba en este rumbo Comte (1988 [1844], p. 36):

Todo esfuerzo serio de reorganización se detiene pronto ante los temores de retroceso que debe naturalmente inspirar, en un tiempo en que las ideas de orden emanan esencialmente del tipo antiguo, que se ha hecho justamente antipático a los pueblos actuales; igualmente, las tentativas de aceleración directa del progreso político no tardan en ser radicalmente estorbadas por las inquietudes muy legítimas que deben suscitar sobre la eminencia de la anarquía, mientras las ideas de progreso sigan siendo sobre todo negativas.

Los dos espíritus a los cuales el desarrollo positivista venía a superar, resultaron ineficientes en la conformación de un orden que pudiera sobrevivir a las tensiones procedentes de las fuerzas anarquistas. Cada uno de ellos, el espíritu teológico y el metafísico constituían en la oferta filosófica de Comte, inadecuadas alternativas, entendibles para la configuración de un orden concebible en el régimen antiguo. Así, en su opinión, la escuela teológica evidenciaba ser “radicalmente impotente para impedir el despliegue de las opiniones subversivas” (COMTE, 1988 [1844], p. 37) y la escuela metafísica, a su vez, había perdido en aquella época “toda la fuerza lógica que exigiría su mero oficio revolucionario” (COMTE, 1988 [1844], p. 37).

Entendía Comte que el derrotero de insuficiencia⁴ de estas dos corrientes para promover y conservar un orden social, habría de derivar en el surgimiento de una posición intermedia a la cual calificaba de “esencialmente estacionaria” (COMTE, 1988 [1844], p. 37) y que se hallaba “destinada sobre todo a recordar directamente el conjunto de la cuestión social” (Ídem). Sin embargo, señalaba Comte que debido a la carencia de una filosofía apropiada que posibilitara la “gran combinación del espíritu del orden con el espíritu del progreso”, esta propuesta intermedia, denominada por él mismo como “tercer impulso” (COMTE, 1988 [1844], p. 37), había resultado aún más impotente que las otras opciones, porque sistematizaba “la inconsecuencia, consagrando simultáneamente los principios retrógrados y las máximas negativas, a fin de poder neutralizarlas mutuamente” (COMTE, 1988 [1844], p. 37).

4.2 El orden como camino hacia al progreso

La propuesta del positivismo era expuesta por Comte como una alternativa superadora de lo que él mismo denominaba escuela de la teología y corriente de la

⁴ Comte (1988 [1844], p. 38) emplea la expresión “insuficiencia social”.

metafísica. Esta mayor eficacia no era sólo ponderable en forma discursiva o fundamentada simplemente mediante una argumentación convincente, sino que tal contundencia podía ser acreditada a través de la rigurosidad científica. De esta manera, apuntaba Comte, que el espíritu positivo en su extensión social le ofrecía al orden poderosas garantías directas, tanto científicas como lógicas, que podían “juzgarse pronto como muy superiores a las pretensiones vanas de una teología retrógrada” (COMTE, 1988 [1844], p. 39).

El espíritu positivo ostentaba virtualidad suficiente para revertir la situación social dominada por el desorden y suministrar armonía lógica en el desenvolvimiento de un proceso que colocaba el énfasis no en la reconstrucción de las doctrinas, sino en la regeneración de los métodos por la vía de “una triple conversión simultánea de la naturaleza de las cuestiones dominantes, de la manera de tratarlas y de las condiciones previas de su elaboración” (COMTE, 1988 [1844], p. 39). Por tal motivo recomendaba que la razón pública debía encontrarse implícitamente dispuesta “a acoger hoy el espíritu positivo como la única base posible de una revolución verdadera de la honda anarquía intelectual y moral que caracteriza sobre todo a la gran crisis moderna” (COMTE, 1988 [1844], p. 38).

En el diseño de Comte el positivismo introducía la posibilidad de amalgamar eficazmente en los hechos las exigencias simultáneas del orden y del progreso, ya que, en su opinión, le bastaba a la filosofía por él auspiciada “extender hasta los fenómenos sociales una tendencia plenamente conforme con su naturaleza, y que ha hecho ahora muy familiar en todos los demás casos esenciales” (COMTE, 1988 [1844], p. 38). Mientras la implementación del positivismo en las ciencias de la naturaleza conducía a “una exacta armonía elemental entre las ideas de existencia y las ideas de movimiento de donde resulta más especialmente, respecto a los cuerpos vivos, la correlación permanente de las ideas de organización a las ideas de vida” (COMTE, 1988 [1844], p. 38), en el ámbito de la organización social la observancia de la perspectiva positivista implicaba “la solidaridad continua de las ideas de orden con las ideas de progreso” (COMTE, 1988 [1844], p. 39).

La trascendencia que implicaba la configuración de un orden social resultaba explicada por Comte al examinar su asociación con el progreso. De esta manera, en su planteo, el orden revestía un rol instrumental en el peregrinaje hacia el progreso, puesto que este último no podía ser alcanzado sin haberse asegurado previamente una situación de orden, el cual reconocía justamente en el progreso su razón teleológica. De esta manera, para la filosofía positiva “el orden constituye siempre la condición fundamental del progreso; y, recíprocamente, el progreso se convierte en el fin necesario del orden: como, en la

mecánica animal, el equilibrio y el progreso son mutuamente indispensables, como fundamento o destino” (COMTE, 1988 [1844], p. 38).

4.3. Orden social y determinismo

El positivismo es considerado por Comte como una variante óptima para proveer a la organización social cuya cobertura temporal no se halla restringida por las limitaciones que condicionaban tanto a la corriente teológica como a la tendencia metafísica. Por cierto, estas dos últimas propuestas filosóficas se encontraban sometidas a su propia contingencia por responder a un complejo contextual correspondiente a una instancia temporal anterior, cuyas características diferían del escenario imperante al momento en que el intelectual francés elucubraba su oferta teórica. De esta forma, la eficacia del enfoque teológico y de la perspectiva metafísica se encontraba limitada por su referencia a una realidad anclada en una etapa histórica, cuyos elementos distaban de los componentes sociales vigentes al tiempo en que Comte desarrollaba su análisis.

Precisamente, comprendía que ello se podía advertir al considerar la naturaleza absoluta que definía tanto a la escuela teológica como a la vertiente metafísica. En razón de tal naturaleza, su utilidad para impulsar y asegurar la perdurabilidad de un orden social se circunscribía a los respectivos panoramas reinantes en etapas anteriores, en las cuales prevalecía la mirada teológica o metafísica como criterio para afrontar la tarea de la organización social. Sostenía Comte (1988 [1844], p. 41) que:

El espíritu teológico y el espíritu metafísico son llevados ambos, por su naturaleza absoluta, a no considerar más que la porción del pasado en que cada uno de ellos ha dominado sobre todo: lo que precede y lo que sigue no les muestra más que una tenebrosa confusión y un desorden inexplicable, cuya relación con aquella angosta parte del gran espectáculo histórico no puede resultar, a sus ojos, sino de una milagrosa intervención. Por ejemplo, el catolicismo ha mostrado siempre, frente al politeísmo antiguo, una tendencia tan ciegamente crítica como la que hoy reprocha, con justicia, para con él mismo, al espíritu revolucionario propiamente dicho.

Intensificó entonces su posición positivista al resaltar la necesidad de abordar la interpretación del pasado a través de la observancia de una metodología similar a la aplicada en las disciplinas científicas; rigorismo técnico que, en su opinión, era inalcanzable

al amparo de la corriente teológica o de la lectura metafísica. Agregaba, en esta dirección que:

Una verdadera explicación del conjunto del pasado, conforme a las leyes constantes de nuestra naturaleza, individual o colectiva, es pues, necesariamente imposible para las diversas escuelas absolutas que todavía dominan; ninguna de ellas, en efecto, ha intentado suficientemente establecerla (COMTE, 1988 [1844], p. 41).

Proponía Comte la adopción de un criterio determinista para entender el devenir histórico y asimilar el sentido fundamental que presentaba el tránsito entre las distintas etapas que atravesaba la sociedad. Revelaba, así, su postura dirigida a desentrañar la realidad social a partir de una incursión científica de carácter positivista con el propósito de brindar una fundamentación conducente a la configuración de un orden social. Es aquí, justamente, donde puede apreciarse el profundo convencimiento con su visión positivista; compromiso que se distingue no sólo al advertir la insistente promoción que efectuaba del armazón positivista como vía para acceder a una comprensión del desenvolvimiento societario, sino también al consultar su reflexión sobre el funcionamiento de las transformaciones sociales a través del tiempo.

De este modo, la sociedad y, en su seno, la vinculación entre los hombres, es decir las condiciones de sociabilidad, se despliegan al ritmo de una evolución regida por una lógica en la cual era posible detectar inmutables normas de carácter general destinadas a regular el transcurso de una instancia histórica a otra. Desde esta óptica, el rumbo social se hallaba sujeto a un rígido determinismo a cuya dilucidación podía arribarse mediante la implementación de la filosofía positivista.

Precisamente en virtud de su naturaleza relativa, el espíritu positivo asomaba, en la concepción de Comte, como la única vía para acceder a una comprensión del determinismo social, puesto que podía “representar de manera conveniente todas las grandes épocas históricas como otras tantas fases determinadas de una misma evolución fundamental” (COMTE, 1988 [1844], p. 41). El “abordaje positivista” permitía distinguir las instancias que componían y justificaban el ritmo de la sociedad a través de la historia en la cual cada secuencia resultaba de la precedente y preparaba la siguiente, de conformidad con leyes invariables que fijaban “su participación especial en el común adelanto, para permitir siempre, sin más inconsecuencia que parcialidad, hacer una estricta justicia filosófica a todas las cooperaciones, cualesquiera que sean” (COMTE, 1988 [1844], p. 41).

Pero, a su vez, mediante esta caracterización determinista del devenir social puede atisbarse que, dentro de la construcción de Comte, se caracterizaba a la historia como un proceso pautado de carácter cíclico. Justamente, a tenor de tal concepción, el conocimiento profundo del curso de la historia podía favorecer la comprensión del comportamiento futuro de la sociedad. Argumentaba, al respecto Comte, que “la doctrina que haya explicado suficientemente el conjunto del pasado obtendrá inexorablemente, por consecuencia de esta única prueba, la presidencia mental del porvenir” (1988 [1844], p. 41).

Como ya se mencionó una finalidad práctica motivaba la propuesta de Comte, también en este tópico. Más allá de la lucidez que su aporte podía suministrar a la teorización de las ciencias sociales, aspiraba a proporcionar a través de su enfoque positivista una oferta esclarecedora que pudiera contribuir en el diseño de la organización social. Manifestaba que si bien el positivismo racional, en una preliminar aproximación, podía parecer puramente especulativo, entendía que “los verdaderos pensadores reconocerán pronto en él la primera fuente necesaria del activo ascendente social reservado finalmente a la nueva filosofía” (COMTE, 1988 [1844], p. 41).

5 CONSIDERACIONES FINALES

El orden social ocupaba un lugar central en el pensamiento de Comte. Esta alta consideración se sustentaba en una ponderación dual. Constituía un componente que impregnaba íntegramente su construcción teórica, como uno de los destinos y propósitos de su visión. Pero, también, desempeñaba una función instrumental, ya que la implantación de un orden social, de conformidad con el espíritu positivo, podía contribuir al perfeccionamiento de dicho modelo positivista.

Su propósito de buscar las leyes generales reguladoras del desenvolvimiento de los fenómenos sociales, además de ser una tarea sumamente ambiciosa, soslayaba la diversidad que caracteriza a los grupos humanos y la disímil capacidad de respuesta y adaptación que exhiben las sociedades frente a estímulos o coyunturas semejantes. Empero, su excesiva creencia de que el despliegue automático y, en cierta medida, irreversible del determinismo, a través de la vía del positivismo, conduciría inevitablemente al establecimiento y consolidación del orden social, lo llevaba a excluir de su ámbito de

análisis a otros factores que, investigaciones ulteriores, generadas por otras plumas, habrían de destacar.

Así, no contemplaba, entre otras cuestiones, las modalidades de sociabilidad que es posible describir en los colectivos humanos; las variantes que tal sociabilidad puede experimentar en las sociedades; las consecuencias sobre la estructura y movilidad social desatadas por tensiones sociales extremas u ocasionadas por imponderables como los conflictos bélicos; los efectos sociales de las crisis económicas y políticas. Tampoco exploró en profundidad el impacto que, sobre los engranajes sociales, ejercen, históricamente, diversas fuerzas y tendencias que caracterizan la vinculación entre los Estados y que trascienden las fronteras nacionales y que, al momento en que Comte perfeccionaba su elucubración, ya registraban, por lo menos, un incipiente tratamiento. En tal sentido, pueden mencionarse las reflexiones de Francisco de Vitoria, los análisis de Grocio o las proyecciones idealistas contenidas en la “Paz Perpetua” de Kant.

Indudablemente, la referencia a la conformación del orden social reviste un valor didáctico para quien quiera conocer la construcción teórica de Comte, pues a partir de su abordaje es posible también comprender su interpretación de la evolución social, su posición frente a los argumentos de la Ilustración y su resistencia a la vía revolucionaria. Asimismo, es justo señalar que el influjo del pensamiento de Comte, más allá de los parámetros temporales en que se desarrolló, registra manifestaciones incuestionables. Sus ideas incidieron en pioneros y precursores, como Wilfredo Pareto y su propósito de construir una sociología a imagen del modelo de la “mecánica celestial”, como Spencer y su evolucionismo, Spengler y su interpretación cíclica, Parsons y su propuesta funcionalista. Además, no puede soslayarse el hecho de que su legado repercutió, en forma considerable, también, sobre diferentes áreas de las ciencias sociales, más allá del perímetro propio de la sociología⁵. Incluso, pueden distinguirse secuelas colaterales de su visión en destacadas creaciones literarias⁶.

REFERÊNCIAS

ALEXANDER, Jeffrey. La centralidad de los clásicos. *In*: GIDDENS, Anthony; TURNER, J. (Orgs.). **La teoría social hoy**. Madrid: Alianza Editorial, 1995. p. 22-80.

⁵ Tal incidencia la puede atestiguar, entre otras, la teoría del crecimiento económico de Walt Whitman Rostow.

⁶ Al respecto, puede citarse, a modo de ejemplo, la legendaria obra “Los Buddenbrooks” de Thomas Mann.



ARON, Raymond. **Las etapas del pensamiento sociológico**: Montesquieu, Comte, Marx, Tocqueville, Durkheim, Pareto, Weber. Traducción de Carmen García Trevijano. Madrid: Tecnos. 2004.

BENOIT, Lelita Oliveira. **Augusto Comte**: fundador da física social. São Paulo: Moderna. 2002.

BIALAKOWSKY, Alejandro Marcos; ALVAREZ RUIZ, Fermín. El legado “maldito” de Auguste Comte: la “auto-fundación” reflexiva de la sociología. **Acta Sociológica**, México D.F., v. 67, p. 52 – 82, 2015.

BOURDEAU, Michel. La posteridad sociológica de Auguste Comte: Lo normal y lo patológico en Durkheim. **EMPIRIA**, Madrid, n. 16, p. 43-58, 2008.

HAZEL, François. Hacia una revaluación del lugar de Auguste Comte en la historia de la sociología. **EMPIRIA**, Madrid, n. 31, p. 15-33, 2015.

COMTE, Auguste. **Primeros ensayos**. México D.F.: Fondo de Cultura Económica. 1977 [1822].

_____. **Discurso sobre el espíritu positivo**. Traducción de Julián Marías. Madrid: Alianza Editorial. 1988 [1844].

_____. **Principios de filosofía positiva**. Traducción de Jorge Lagarrigue. Santiago de Chile: Imprenta de la Librería del Mercurio. 1875.

FEDI, Laurent. **Auguste Comte**. Paris: Les Belles Lettres. 2000.

FERNÁNDEZ, Alberto José. El primer positivismo. Algunas consideraciones sobre el pensamiento social en Saint Simon y Comte. **Conflicto social**, Buenos Aires, v. 1, n. 1, p. 25 - 40, 2008.

FORTE, Miguel Ángel. Comte: La utopía del orden. **Conflicto social**, Buenos Aires, v. 1, n. 1, p. 7-24, 2008.

GANE, Mike. **Auguste Comte**. London: Routledge. 2006.

GILBERT CEBALLOS, Jorge. **Introducción a la sociología**. Santiago de Chile: LOM Ediciones. 1997.

GUILLIN, Vincent. Aspects of scientific explanation in Auguste Comte. **Revue européenne des sciences sociales**, Ginebra, v. 54, n. 2, p. 17 - 41, 2016.

GORDON, Scott. **Historia y filosofía de las ciencias sociales**. Barcelona: Ariel. 1995.

HERNÁNDEZ, Raúl Augusto. **Los órdenes de la sociedad**. Tucumán: Editorial de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Tucumán. 2000.

HIDALGO TUÑÓN, Alberto. Sobre el nexo circular entre sociología y ciencia en Comte. **EIKASIA**, Oviedo, v.1, n. 0, p. 1-17, 2005.

IGLESIAS, María del Carmen; ARAMBERRI, Julio; RODRÍGUEZ ZÚÑIGA, Luis. **Los orígenes de la teoría sociológica**. Madrid: Akal. 2001.

LAMO DE ESPINOSA, Emilio. Sociología del Siglo XX. **REIS: Revista Española de Investigaciones Sociológicas**, Madrid, n. 96, p. 21-49, 2001.

LÓPEZ DE FERRARI, Nélica. Positivismo e historia. **CUYO**, Mendoza, Primera época, v. 9, p. 79-114, 1973.

NÚÑEZ RUIZ, Diego. La "cuestión social" y la génesis de la Sociología. **Llull: Revista de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas**, Madrid, n. 3, p. 29-36, 1979.

PEARCE, Trevor. "Science organized": positivism and the metaphysical club, 1865–1875. **Journal of the History of Ideas**, Pennsylvania, v. 76, n. 3, p. 441-465, 2015.

PETIT, Annie. Historia de un sistema: o positivismo comtiano. *In*: H. TRINDADE (Org.). **O positivismo: teoría e prática**. Porto Alegre: Editora da UFRGS, 1999, p. 13-48.

RITZER, George. **Teoría sociológica clásica**. 3 ed. Traducción María Teresa Casado Rodríguez. Madrid: McGraw-Hill. 1997.

SCHMAUS, Warren; PICKERING Mary; BOURDEAU, Michel. Introduction: the significance of Auguste Comte. *In*: BOURDEAU, M.; PICKERING, M.; SCHMAUS, W. (Orgs.). **Love, order, and progress: the science, philosophy, and politics of Auguste Comte**. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2018, p. 3-24.

TARDEL, Inés. Recordando a Comte. **Revista de sociología**, Santiago de Chile, n. 5, p. 9-18, 1990.

TURNER, Jonathan; BEEGHLEY, Leonard; POWERS, Charles. **The emergence of sociological theory**. 7. ed.). Newbury Park, California: Sage. 2012.

USECHE SANDOVAL, Tonatiuh. Augusto Comte y sus discípulos ortodoxos frente a la cuestión colonial. **EMPIRIA**, Madrid, n. 31, p. 79-96, 2015.

NOTAS



TÍTULO DA OBRA

El orden social en el pensamiento de Comte.

Miguel Agustín Torres


Doctor en Humanidades [Universidad Nacional de Tucumán, Argentina].

Doctor en Derecho [Universidad de Buenos Aires, Argentina]

Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina [CONICET]

Profesor Adjunto de la Universidad Nacional de Catamarca, Argentina.

agutorresk@bmail.com

 <https://orcid.org/0000-0003-3410-1961>

FINANCIAMENTO

Este trabajo se ha desarrollado con el apoyo económico del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina [CONICET].

LICENÇA DE USO – uso exclusivo da revista

Os autores cedem à **Em Tese** os direitos exclusivos de primeira publicação, com o trabalho simultaneamente licenciado sob a [Licença Creative Commons Attribution 4.0 Internacional \(CC BY\)](#). Esta licença permite que **terceiros** remixem, adaptem e criem a partir do trabalho publicado, atribuindo o devido crédito de autoria e publicação inicial neste periódico. Os **autores** têm autorização para assumir contratos adicionais separadamente, para distribuição não exclusiva da versão do trabalho publicada neste periódico (ex.: publicar em repositório institucional, em site pessoal, publicar uma tradução, ou como capítulo de livro), com reconhecimento de autoria e publicação inicial neste periódico.

PUBLISHER – uso exclusivo da revista

Universidade Federal de Santa Catarina. Programa de Pós-Graduação em Sociologia Política. Publicado no [Portal de Periódicos UFSC](#). As ideias expressadas neste artigo são de responsabilidade de seus autores, não representando, necessariamente, a opinião dos editores ou da universidade.

HISTÓRICO – uso exclusivo da revista

Recebido em: 24 de fevereiro de 2020.

Aprovado em: 19 de agosto de 2020.

